

“serables, tanto que los sujetos de este Colegio, ni han de salir á predicar fuera aún á nuestras casas, por dotados que estén de este talento, ni han de confesar españoles, y mucho ménos españolas por Señoras que sean y respetos que las autoricen, ni á sus criadas si no son indias, ni á otro género de gente que no sea de esta nacion porque en reconociendo los naturales que el Padre no las atiende á ellas solas, y no las llama y acaricia, no vuelven á su confesonario, y así viven tan engreidas, que si alguna Señora quiere acercarse, le impiden el paso y no pocas veces ha sucedido el caso de que les digan que los Padres no están puestos para los españoles, que confesores hay en otras partes: y á todo esto el Padre ha de callar, tolerar y sufrir.—El segundo medio, Señor, que aquí se pone, es no pedirles jamás un medio real para gastos de su congregacion, antes sí hacer el Colegio á su costa todas las funciones que tiene, dándoles juntamente de valde las patentes, haciéndoles su funeral cada año, y ocurriendo al reparo de sus imágenes, colateral y otras alhajas que el mismo Colegio les ha dado. Pero sobre todo, lo que más los atrae, es la confianza y satisfaccion con que ocurren á llamar á las confesiones, sea la hora que fuese y haya la distancia que hubiere. De aquí se vá á confesion hasta Tlalnepantla, se vá á todos los pueblos de las Salinas y tambien á Ixtapalapa, Mexicalcingo, la Piedad, Tacuba y otros alrededores, donde como tambien en estas que se hacen dentro de México, si topan los Padres alguna extrema, grave ó especial necesidad, la socorren, porque para ello hay algunas dotaciones, y el Colegio, segun la cosecha que coje de su hacienda concurre con su limosna.—Por último, experimentan que no los ocupan ni en traerles un cántaro de agua, que no les castigán sus delitos y vicios, porque esto no pertenece al Colegio, solo sí los reprenden; que los ponen en paz cuando están enemistados, que ván á confesarlos á las cárceles, que cuando son vejados, los patrocinan, que tienen la interposicion en sus cuidados y miserias; que les mantienen á los hijos mientras son seminaristas, aprendiendo música y canto, y que se los enseñan en la escuela, donde no se admite niño alguno que no sea indio: estatuto que este Colegio mantiene con tanto rigor, que porque nuestra fundadora del Colegio de San Javier, la Sra. D^a Angela de Roldan, quiso enviar un esclavito suyo á la escuela, fué preciso ocurrir al Padre Provincial, que dispensara como lo hizo su reverencia, por el respeto debido á esta matrona.—Estos son por mayor, Sr. Illmo, prosiguió el Padre diciendo, los medios de que nos valemos para tener esta congregacion tan lucida como V. S. I. vé, y para sacar tanto fruto de esta miés, como aquí por la misericordia de Dios se está cojiendo todo el año á manos llenas.” “¡Oh Padre! ¡oh Padre! exclamó entonces bañado de lágrimas, de devocion y de celo, el piadosísimo príncipe:

“un Colegio de San Gregorio habia de haber en cada esquina de México,” y despidiéndose del Padre Rector que lo era entonces el P. Herdoñana, y de todos los demás Padres á quienes dejó más encendidos con el celo que habia manifestado y deseos de la salvacion de los indios, se fué lleno de consuelos y regocijos.”

Adelante prosigue el mismo autor hablando del Colegio de S. Francisco Javier de Puebla: “En él hay, dice, á más de una escuela de niños indios, una congregacion numerosa de solos indios é indias, á quienes se les explica la doctrina cristiana, despues de haberlos estado confesando toda la mañana, sin que por esto en el discurso de la semana falten un solo dia los Padres al confesonario, ó dejen de salir por el obispado dos veces al año misiones circulares, donde se cojen abundantísimos frutos, y dejan sembrada para el siguiente año la palabra de Dios con grande gusto y satisfaccion de muchos celosos curas, quienes con ánsia de la salvacion de sus pueblos se anticipan con repetidas cartas al Padre Rector, rogándole que les envíe operarios á sus mieses; de modo que si como los misioneros de San Javier por ahora son solo seis, (entrando en este número los que fundó el Sr. Dr. D. Sebastian Roldan, hermano de nuestra fundadora, no solo por haber nacido de unos mismos padres sino por haber tenido un mismo espíritu y celo de salvacion de los indios), fueran sesenta, ó muchos más, todos tuvieran que hacer en las provechosísimas misiones circulares que se hacen en aquel obispado, y en el contínuo ministerio de las confesiones á que salen los Padres á caballo mañana y tarde, á todos aquellos barrios y cercanías de la Puebla, con gran consuelo de sus párrocos y grande edificacion de toda la ciudad.” Además, en este Colegio habia maestro de la lengua mexicana, que lo era cuando la publicacion del catálogo el P. Antonio Pliego, que en Italia se hizo célebre posteriormente por la gracia, cordura y exactitud de su escrito sobre la expulsion de la Provincia.

Tratándose en otro lugar sobre el plan de estudios seguido en los seminarios de la provincia, aunque él era el general entonces en todas las casas de la Compañía, arreglándose al plan titulado *Ratio Studiorum*, y tambien de los más célebres colegios y universidades de Europa, hicimos notar las mejoras que habia adquirido sobre todo en la lengua griega, matemáticas y física; refiriendo además los frutos que habia producido en nuestro país. Así es que únicamente nos limitaremos ahora á hablar del sistema jesuítico en cuanto á la educacion literaria, religiosa y moral de los alumnos, tomando estas noticias de la historia escrita por el P. Andrés Perez de Rivas, que aunque anterior casi un siglo al tiempo de que nos ocupamos, no varió en nada, y aún puede decirse que se habia perfeccionado en 1766.

En el libro I, al fin del capítulo XXI, hablando del ministerio de

la educacion que ejercía la Compañía, dice: "Que aunque es muy útil, juntamente es bien trabajoso reducir á disciplina y enseñanza tanto número de mancebos y niños, y gobernarlos y sujetarlos con suavidad y amor al estudio de la virtud y letras; intento tan dificultoso, que lo pueden echar de ver los padres carnales, que apenas lo pueden conseguir con solo dos ó tres hijos que tienen debajo de su obediencia."—En el capítulo XXII, trata de los medios, instintos y habilidades propias de que dota Dios á cada criatura, para que consiga el fin á que la destinó, y aplicándolo á la Compañía, añade: "Se puede sin encarecimiento decir, que por la bondad divina, no crian con mayor afecto y amor los padres carnales á sus hijos, que aquel con que los maestros de la Compañía cuidan del aprovechamiento en virtud y letras de sus discípulos, que miran como á hijos. Y es la razon, porque como no esperan, ni tienen atencion á otra paga ni premio en la tierra, que servir á Dios en esta prolija ocupacion y trabajoso ministerio, siendo ese fin mucho más alto, levantado y eficaz que el del estipendio y premio temporal; de aquí es, que aviva más altamente los deseos y afectos santos de los maestros religiosos de la Compañía para vencer dificultades, é intentar medios con que aprovechar en letras y virtud á sus discípulos. De aquí nace, en orden al aprovechamiento en las letras, el ejercitarlos en varios actos públicos literarios y declamaciones recitadas que sirven de ensayos, para que cuando despues... se oponen á puestos ó cátedras, puedan lucir. Para esto tambien sirven los coloquios, comedias latinas que á veces se representan, los premios varios de los que se aventajan... lo cual pertenece al estudio de las letras; y á la nobilísima potencia del entendimiento, que se procura cultivar. Pues si vamos á la otra potencia efectiva del alma, que es la voluntad, bien conocidos son los medios que procura y ejercita la Compañía, pretendiendo aficionar y enderezar la tierna edad por el camino de la virtud, y que por ella se encamine á la bienaventuranza, que es su último y felicísimo fin. A esto se ordenan las congregaciones devotas que se instituyen de los estudiantes... á eso mismo, el leerse libros espirituales; y todo esto, finalmente, se confirma, sustenta y perfecciona con la frecuencia de los Santos Sacramentos... en las capillas particulares, muy adornadas y aseadas, que ordinariamente tiene aparte de las iglesias públicas en sus estudios para la juventud. Estos medios que ha enseñado é inspirado Dios á los maestros de la Compañía, bien se vé, que los seglares no tienen comodidad para poderlos ejercitar."—En el capítulo XXIII, hablando de lo que se practicaba en el Colegio de San Ildefonso, menciona tambien las pláticas espirituales que se hacían los domingos á los de la congregacion de la Virgen, y los días señalados para la confesion y comunión, cuya frecuencia dice: "aunque no les obliga más que cada mes,

pero el fervor y devocion de muchos no se contenta con esto, sino que los frecuentan de ocho en ocho dias." Vuelve á recordar que los Jesuitas no se mueven por interés temporal para sufrir un tan continuo cuidado y trabajo, y concluye así: "Fuera de las calidades y ejercicios virtuosos y nobles en que se cria la juventud en nuestros Colegios, concurren otras notablemente provechosas á esa edad... la compañía virtuosa de los que tienen delante les incita á la virtud. Si hay algun discolo ó tocado de enfermedad (moral), contagiosa ó viciosa, luego es expelido de la comunidad. Tiene sus entretenimientos honestos con aquellos que son de una misma edad y ejercicio, y todo ayuda á la alegría con que la noble juventud pide criarse, como se lo encarga á los padres carnales el apóstol San Pablo, que tuvo grande cuenta con la juventud cristiana, que es el plantel de la Iglesia (y del Estado) exhortando á los padres que no afijiesen ni les diesen ocasion de amargura y enojo á los hijos. *Vos, patres, nolite ad iracundiam provocare filios vestros.* Y porque no entendiesen que les prohibía el castigo cuando fuese menester, declara luego la calidad con que se ha de aplicar, diciendo: *Educate illos in disciplina et correctione Domini.* Este consejo de S. Pablo procuran guardar nuestros religiosos en los Colegios seminarios, cuando se ofrece haber necesidad de correccion y castigo, que aún en las comunidades más santas es necesario algunas veces, cuanto más, en una edad de suyo tan alentada, libre y bulliciosa. Pero al fin, es gobernada por religiosos, á quienes Dios por particular título se la tiene encomendada, y con él es servida de dar su divina gracia para criarla en virtud y letras; y si estas no las hermanara la Compañía con el santo temor de Dios y jugo de la devocion que procura imprimir en esta tierna edad, poco logro tuvieran sus trabajos. Túvolo tal la fundacion de estos seminarios en México, que el mismo Virey D. Martin Enriquez agradeció al Padre Provincial Pedro Sanchez este beneficio que le habia hecho á toda la nacion, con las mismas palabras que aquí pondré.—"Padre Provincial en grande cuidado me tenia pues—to (antes que la Compañía viniese á esta tierra) el deseo de reparar los daños de la falta de buena crianza de la juventud, que conocidamente veia se iba perdiendo sin remedio, y no habia podido con extraordinarios medios conseguir mi deseo. Pero Dios, como Padre y Señor universal lo ha hecho mejor y con más suavidad, trayéndonos á esta tierra los Padres de su santa Compañía, con cuya ayuda la ciudad se ha reformado y la juventud se ha mejorado tanto, que ya siempre me prometeré y esperaré cualesquiera ventajas de estos buenos sucesos, debidos en especial á V. P." Hasta aquí el Virey.—Y los mismos parabienes se daban los muy nobles ciudadanos de México, cuando vieron fundados los seminarios y reunidos al de San Ildefonso." *33

El fruto que la sociedad mexicana sacaba de estos trabajos en la época á que nos referimos, debe inferirse por el número de alumnos que se educaba en los seminarios de la Provincia. En el seminario de S. Ildefonso de México habia en 1766, trescientos colegiales internos, como consta en la vida del P. José Julian Parreño, su último Rector, escrita por el P. Andrés Cabo: de manera que juzgando á proporcion de los otros diez seminarios, relativamente á las poblaciones en que estaban establecidos, puede calcularse la existencia total de los alumnos internos, sin contar la multitud de externos, que acudian á las aulas, casi en un millar de jóvenes.

Las misiones, llamadas en el Instituto, nacionales, ó entre católicos para distinguirlas de las de los países infieles, constituyeron un ministerio de la más alta importancia en toda la Compañía de Jesus, y muy especialmente en la Provincia Mexicana, al que debió, segun lo observa el P. Alegre, toda su grandeza y prosperidad. Estas escursiones apostólicas á los lugares donde no habia casa de Jesuitas, dejaron no menos recuerdos á nuestros antepasados, que constantemente referian á sus hijos; y si bien otras comunidades, como las venerables de *Propaganda*, se ocupaban del mismo ministerio como todavía se ocupan, al comparar estas misiones de ahora con la tradicion de nuestros mayores y la noticia que se ha conservado de aquellas en las muchas cartas edificantes de Jesuitas que se emplearon en ellas, se encuentra, sin que por esto se crea que hay un espíritu de parcialidad en preferir el método de que usaba la Compañía, se encuentra, repetimos, un no sé que en su práctica, que las solia hacer más apreciables y fructuosas.

Para convencerse de las máximas prescritas por el Instituto para el mejor acierto de este importantísimo ministerio, y del espíritu del celo de la mayor gloria de Dios de que quería S. Ignacio estuviesen animados aquellos de sus hijos que se dedicasen á esta importantísima empresa de moralizar é instruir á las poblaciones en sus deberes cristianos, presentándose á combatir de frente los vicios y malas pasiones de la sociedad, bastaría citar el plan tan sábio, tan sólido y bello trazado en las Constituciones de la Compañía. Pero alejándonos eso del sistema que debemos seguir como historiadores, nos limitaremos á citar el siguiente trozo de un moderno escritor que en 1765, hablaba así á toda la Francia.

“Imagínese, pues, una legion de Misioneros, penetrados de estas máximas, llenos de este espíritu, enviados por autoridad legítima, ilustrados de la ciencia, dirigidos del celo, ayudados del talento y estimulados por una santa imitacion, presentarse de repente á la vista de una Ciudad, Villa ó Pueblo á la cual van á darse á conocer por medio de sus obras: figúrense estos hombres Apostólicos, ya pos-trándose en el santuario, para atraer sobre el pueblo las bendiciones

del cielo; ya subiendo al púlpito, y haciendo resonar las bóvedas de los templos con las verdades eternas; aquí rasgando el velo de la ignorancia con públicas conferencias; allí instruyendo á los niños con las lecciones familiares del Catecismo; más allá trayendo al redil de la Iglesia las ovejas perdidas; en todas partes despertando en las almas los latidos de la conciencia; haciendo correr por todos lados las lágrimas de la contricion, enjugando al mismo tiempo las de la miseria, visitando los hospitales, penetrando á las cárceles, recorriendo las chozas con el Crucifijo en una mano y la limosna en la otra, predicando á los pueblos la sumision debida á la Iglesia y la obediencia al Soberano; exhortándolos á pagar los diezmos y los impuestos; cortando las murmuraciones excitadas contra la autoridad ó contra la Providencia; apartando las piedras de escándalo; sofocando las semillas de la disencion; restableciendo en el seno de las familias la amistad y la confianza; confirmando en todos los entendimientos las verdades de la fé, la regla de las costumbres, los principios del deber; reanimando en todos los corazones el amor de la Religion, el gusto de la virtud, y los sentimientos del patriotismo. ¡Qué cuadro! Sin embargo, nada ha puesto de su parte la imaginacion, nada ha inventado, ni embellecido. Nosotros apelamos á tantas Provincias, Ciudades, Villas y Pueblos, testigos de los frutos abundantes, que en todas partes producen las Misiones. . . . (1).”

Tal era el plan seguido religiosamente en la Provincia Mexicana en lo relativo á las misiones nacionales, que como en otra vez hemos dicho, eran frecuentísimas en todas las poblaciones grandes y pequeñas. En ese ministerio se ocupaban casi todos los Jesuitas, segun tambien referimos, aunque no todos se destinaban exclusivamente á él, sino tan solo cuando se les proporcionaba la ocasion, como los maestros de los Seminarios en vacaciones, y los Padres de la Tercera probacion que residían en Puebla. Habia no obstante algunos destinados únicamente á estas apostólicas escursiones, cuyos trabajos los vemos compendiados en la vida del P. Francisco Javier Gomez, que desempeñaba este ministerio en 1766. Dice así su autor: “Pero el principal de todos estos celosos operarios era el P. Gomez: habiendo aprendido la lengua maya, en lo que empleó un año entero en uno de los curatos más pobres y de peor temperamento de Yucatán, teniendo por maestro al cura párroco del mismo, de tal manera poseyó este difícilísimo idioma, que llegó á hablarlo con la perfeccion que cualquiera indio natural de allí. Siguióse de esto, que aficionados los indígenas de este Padre á quien comprendian tan bien en sus catecismos y sermones, que no se negaba á confesar á ninguno, aún teniendo con frecuencia el ímprobo trabajo de examinarlos; que compo-

(1) Apología del Instituto de los Jesuitas, cap. XIX

nia todas sus diferencias, acariciaba á los niños, auxiliaba á los moribundos y no se rehusaba á ningun género de oficios con ellos, le concibieron tal cariño que le seguian por todas partes, y se prestaban dóciles á todos sus consejos, manteniendo en los Pueblos que recorría una regularidad de costumbres, que asombraba á todos. Y no era debido únicamente este fruto á su facilidad en comunicarse con los indígenas, sino, como decia á voz en cuello el cura que le habia enseñado el idioma, á su ardentísima caridad, su grande penitencia, sus perpetuos ayunos, sus costumbres santas y edificantes. Con estas dotes de un verdadero Apóstol, recorrió el P. Gomez los pueblos todos de la península de Yucatán, predicando en todos ellos, confesando á sus habitantes y haciendo prodigiosas conversiones. Y no podia menos segun la práctica que seguia en sus misiones; práctica que debemos recordar para que se vea cual era la piedad de aquellos tiempos y cuales los frutos que recojian los operarios evangélicos; llevaba el P. Javier por patrona de sus expediciones espirituales una hermosísima imágen de la Madre Sma. de la Luz; y el órden de sus misiones era el siguiente: muy á la madrugada y en ayunas emprendía el Padre su camino á pié, llevando en sus brazos la dicha imágen de la Sma. Virgen, acompañándolo multitud de hombres rezando el rosario con el Padre: concluido este se volvia el acompañamiento á sus casas, y el Padre envolviendo la sagrada imágen montaba á caballo y seguia con un solo criado su camino, ocupado enteramente en una profundísima oracion: á una ó dos leguas antes del lugar á que se dirigía, se encontraba con otro igual acompañamiento, que lo conducía como en triunfo: volvia el Padre á caminar á pié, extendia de nuevo la imágen y comenzando el rosario y otras oraciones á la Virgen, se dirigia en derechura al templo, colocaba á la pública veneracion á la Sma. Madre de la Luz, y decia Misa con singular devocion y fervor. Ocho dias se detenía en cada pueblo, y es increíble lo que trabajaba en tan poco tiempo, predicando, confesando, visitando á los enfermos y ocupándose en todos los ejercicios de caridad, al grado que, solian decir los curas de aquellas parroquias: “El P. Javier no parece de carne como somos todos los hombres, sino de mármol ó de bronce.” Y con mucha razon dice el P. Maneiro, admiraban todos aquel laboriosísimo y austerísimo tenor de vida, porque por nueve horas enteras de la mañana se ocupaba en el confesonario; cerca del medio dia casi se arrancaba de él para decir misa: tomaba despues un alimento tan corto que frecuentemente no llegaba á tres onzas: en seguida predicaba en el templo por media hora, y á la entrada de la noche por otras dos predicaba y confesaba á la gente del campo que no podia asistir en la mañana, pasando lo que faltaba hasta el dia, en gran parte en la oracion, el Oficio divino y en sangrientas disciplinas: ni debe omitirse, que cuando predi-

caba era tanto lo que se inflamaba y conmovía, que asombra ciertamente cómo podia manifestar tanto fervor en medio de un ayuno tan continuo y de tan ásperas mortificaciones. Los frutos que se seguian eran no menos admirables en la reforma de las costumbres públicas, frecuencia de sacramentos, reconciliacion de enemistades, restituciones, separacion de malas amistades, destierro en fin, de todos los escándalos, al grado de que eran interminables las peticiones que hacian al Señor Obispo para que lo enviase ya á esta y ya á aquella provincia, sin esceptuar la de Tabasco que evangelizó por un año entero, y sin número era tambien las cartas de los párrocos y personas distinguidas de las poblaciones en que encomiaban altamente al celosísimo misionero. Agregábase á esta fama, como siempre sucede en los varones apostólicos, la que tenia de haber obtenido del cielo algunas gracias *gratis dadas* como el don de profecía, el de milagros y otros, de que se refieren mil casos extraordinarios: así es que nada extraño era que fuese el ídolo de los yucatecos, no solo del vulgo sino de los personajes más distinguidos, como el Illmo Sr. Alcalde, dominico, que despues fué Obispo de Nueva Galicia, el Illmo. Tejada, franciscano, Obispo tambien despues de la misma diócesis y el Illmo. Matos Coronado, que como sus antecesores fué Obispo de Yucatán y despues de Michoacan, el mismo concepto tenia con las autoridades seculares, como los señores Benavides, marqués de Iscar y Navarrete, y en una palabra, con todo género de personas que no le daban otro título que el del *santo misionero*”.

Y ya que hacemos mencion de este famoso misionero de uno de los departamentos, más que ninguno otro asolado por la guerra civil, no estará de sobra por conocer la verdad con que el Cardenal Beausset dijo que la Compañía de Jesus no habia tenido infancia ni vejez, referir lo que en México pasaba en 1766, respecto de estas misiones, tan semejante á lo que habia presenciado especialmente la España y Portugal en el nacimiento de la Orden, de los trabajos apostólicos de los célebres PP. Simon Rodriguez y Francisco Villanueva, compañeros de S. Ignacio. Lo que vamos á decir, tomado de los apuntes biográficos del P. Maneiro, sobre las empresas apostólicas del P. Miguel Castillo, mil veces lo oimos contar á nuestros padres, y para completar el cuadro de la historia de la Provincia, no debemos omitirlo.

“El P. Miguel Castillo estableció un sistema de predicacion de suma utilidad para la poblacion: no habia una sola calle, una sola plazuela á donde no se presentara, y subiendo sobre una mesa, no hiciera resonar su voz de rayo contra los pecadores, atemorizándolos con la exposicion de las tremendas verdades eternas: todos los domingos y otros dias festivos, bajaba á la portería del Colegio de San Pedro y S. Pablo en punto de las tres de la tarde, donde lo esperaba

ya multitud de pueblo, y poniéndose á su frente llevando un estandarte con la imágen de la Sma. Madre de la Luz, la guiaba ya á esta, ya á otra plazuela, prefiriendo siempre la más inmediata á los públicos paseos, y allí explicaba algun punto de la doctrina cristiana, predicaba un sermón moral, y se volvía despues al Colegio acompañado de mayor concurso que con el que habia salido, entonando las letanías de la Virgen y otras devotas cauciones, hasta llegar á la portería, donde despedía á su numeroso auditorio que habia recogido, con un fervoroso acto de contrición: esta misma mision la hacia tambien á lo menos dos dias á la semana en la plaza, llamada antes el "Baratillo," donde siempre había una gran reunión de pueblo, ya de los que vendian ó compraban, y ya tambien de los muchos ociosos que allí pasaban el tiempo: este ejercicio era diario en tiempo de cuarentena en que igualmente acostumbraba predicar en los portales á los comerciantes; y por cuanto generalmente era inmenso el concurso á sus misiones, se acompañaba con otros Padres, que distribuyéndose á distancias proporcionadas hacian las mismas exhortaciones al pueblo." Si los ilustrados de nuestro siglo hubiesen presenciado aquellas expediciones apostólicas, escuchado esas pláticas desnudas de todo adorno retórico, expresadas con palabras vulgares y adaptadas á la capacidad del auditorio, por un Jesuita, aunque de grandiosa presencia, de semblante poco simpático y vestido generalmente de ropas viejas y destruidas, que parado sobre una mesa, ora con una caña en la mano señalando al que hacia una pregunta para que se la contestara, ora con el Crucifijo levantado, arrancando lágrimas, suspiros y otras acciones de arrepentimiento á sus oyentes, se habria burlado y condenado lo que llamaría exageraciones fanáticas; pero lo cierto es, que aquel varon de Dios, hacia las más estrepitosas conversiones, reformaba las más rotas costumbres, hacia conocer al pueblo, no unos derechos fantásticos, que lo precipitan al desórden y revolucion, sino unos sagrados deberes hácia Dios, hácia los superiores y para consigo mismos, que los conducian á una vida pacífica y arreglada y á otra mas feliz, que nunca tendrá fin. "A este celo en la predicación prosigue el biógrafo, que era seguido de una asiduidad admirable en el confesonario, acompañaba este venerable Padre una insigne caridad para con todos los pobres y necesitados. Semanariamente se le veía en las cárceles, particularmente en las llamadas de los tecpan de S. Juan y Santiago, en que eran encerrados los indios, de quienes ninguno tenia el menor cuidado, ni para sus alimentos, ni para agitar sus causas, ni instruirlos en sus deberes religiosos y sociales: otros dias iba á los hospitales, y preferentemente á los de S. Lázaro y S. Antonio Abad, donde estaban confinados los enfermos más asquerosos; ora se le veía en las arrojadas, ora en los obrajes, panaderías y tocinerías, explicando la doctrina, predicando á aquellos

infelices y hasta prestándoles los servicios más bajos y abatidos, al par que repugnantes á la naturaleza, especialmente en un hombre delicado, y que habia nacido de acomodada familia; vez hubo en uno de esos hospitales, en que para vencer el fastidio á los alimentos de un miserable que tenía la cara roida por un cáncer, le llevase un apetitoso postre y lo comiese alternando con aquel desagradable enfermo. En todos esos lugares era sumamente apreciada la presencia del siervo de Dios: consolábalos á todos, llevábales regalos, dábales limosna, se constituia procurador de unos, fiador de otros y en todos derramaba con sus dulces palabras un bálsamo que curaba sus más hondas heridas. Los mendigos de la capital, los artesanos desvalidos, las familias vergonzantes, hallaban en el Padre la misma caridad y los mismos socorros: en la terrible epidemia de fiebres de 1762, se le vió por las calles cargado con frazadas, esteras, sábanas y cuanto podia conseguir de la piedad de las personas acomodadas, en beneficio de los apestados, que distribuía por los suburbios de esta capital entre la gente más infeliz y desvalida." A vista de lo expuesto nada tiene de admirable aquel respeto que se profesaba por todo el pueblo á este apostólico Jesuita, y que se trasmitía á todos los de su profesion. Si al pasar por una calle habia una riña de las que siempre han sido comunes en nuestra Capital, á la sola voz del P. Castillo, á la sola noticia de que se acercaba, dejaban de reñir los contrarios por encarnizados que estuvieran, deponian las armas, y con la menor insinuacion del respetable misionero, se daban los brazos y reconciliaban. Las grandes reuniones de las pulquerías que en aquella época estaban situadas en grandes y abiertos jacalones, se disolvían con solo que alguno dijese "por allí viene el P. Castillo," y de igual manera eran enfrenados los maldicientes, blasfemos ú obscenos en sus palabras. . . .

Todos estos ministerios, que tanto atraian á los pueblos á los Jesuitas, se aumentaban en los casos de las calamidades públicas que ocurrieron durante todo el tiempo de su permanencia en la Nueva España. Los servicios que prestaron en la grande inundacion de México en 1629, referidos en su lugar por el P. Alegre, fueron el objeto de una obra muy conocida de los amigos de la historia de nuestro país, así como los que prestaron en 1737 (1) y 1762 de que algo hemos dicho anteriormente, y que tambien se encuentran consignados por el P. Alegre. En 1761, cuando los ingleses en guerra entonces con España, se apoderaron de la Habana, se hizo notar el celo de los Jesuitas, á favor de los pueblos durante todo el tiempo del asedio de la plaza y de su ocupacion por el ejército Británico. Hallábase de Rector del Colegio el P. José Urbida, quien desde el

(1) Escudo de armas de México, lib. I cap. XIII, lib. 3º cap. I.

momento que comenzaron las hostilidades se presentó con sus súbditos al Gobernador de la Ciudad, para que los ocupase en lo que los creyese útiles. Al pronto se tuvieron aquellas ofertas por hijas de un puro cumplimiento; pero muy luego se vió la sinceridad y realidad de ellas: los Jesuitas recorrían activa y continuamente toda la población, confesaban á los heridos en medio de los fuegos y los conducían al hospital y á su Colegio, que se hallaba á la vista del mar: habiendo usado el enemigo del artificio bélico llamado entonces *Camisas embreadas* para incendiar las casas, los Padres al frente de la multitud, acudían á apagar el incendio y eran los primeros en este peligrosísimo trabajo: habiéndose mandado por el Gobierno que la gente innecesaria á la defensa se internara á la Isla, parte de los Padres se fueron en su compañía para servirles de consuelo y auxilio, y los demás permanecieron en la población, aún despues de ocupada por el ejército enemigo, que aunque compuesto en su totalidad de protestantes, admirados de la heroicidad de aquellos sacerdotes católicos, no solo los respetaron, sino que en muchas ocasiones por su mediación y ruegos, fueron baluarte de los vecinos del puerto y salvaron no pocas vidas especialmente de los soldados españoles y pardos que habían quedado prisioneros despues de la capitulación. Tan religioso y heroico comportamiento fué comunicado á la corte de Madrid, de donde se despachó á nombre del Rey una cédula muy honorífica á los Jesuitas.

Otro motivo por que los Jesuitas de la Provincia eran tan apreciados especialmente en las poblaciones donde tenían Colegios, fué por la union singular que reinaba entre ellos, que nunca se alteraba, ni aún, como sucedía en otras comunidades en la eleccion de los superiores de la provincia, en las cuales nunca faltaban partidos y disensiones que por desgracia se hacían públicas; pero entre los Jesuitas no sucedía así, porque viniendo nombrados de Roma por el General, segun la sábia y santa prevencion de S. Ignacio, la noticia de un nuevo Provincial solo se anunciaba por el repique de las campanas, y las visitas, que segun costumbre hacia el nuevo electo á las supremas autoridades eclesiásticas y civiles, causando general edificación en el pueblo la obediencia, que por solo un papel escrito venido de tanta distancia, se daba por todo el Cuerpo al nuevo superior. Otro era el que pasando á las cortes de Madrid y Roma cada tres años Procuradores de la Provincia, como en esa época eran tan difíciles las comunicaciones ultramarinas, se les encomendaban, especialmente por los prelados eclesiásticos, las religiones y no pocos particulares multitud de negocios, los que eran desempeñados con la mayor eficacia y desinterés por aquellos Padres, como entre otros hemos citado en su lugar, la declaración del prodigio Guadalupano, concesión del rezo y aprobación del patronato: además, raro era el

Procurador que regresase á la Provincia sin conducir gran número de reliquias, Agnus Dei, Rosarios y otros objetos piadosos muy estimados por nuestros padres, así como de rescriptos de dispensas, concesiones de oratorios, indulgencias, y otros asuntos delicados é importantes, ya de la Curia Romana, y ya también de la Corte de España. Otros, en fin, eran la práctica usada por la Compañía en todas sus funciones religiosas públicas, á las que asistía toda la comunidad en los templos: los muy tiernos y edificantísimos actos de las profesiones solemnes de cuarto voto, en que se veía á sujetos muy ameritados y conocidos por sus ministerios, tal vez respetables por sus canas, premiados por su saber y virtudes con la incorporación al cuerpo de la Religión: el de la primera Misa en que los nuevos sacerdotes ofrecían el Sacrosanto Sacrificio, simultáneamente en todos los altares de la Iglesia con sus padrinos, mientras uno celebraba solemnemente en el altar mayor: su constante union y aprecio á las sagradas familias religiosas, con especialidad á las mendicantes, de Predicadores y Menores, tan beneméritas de las Américas por sus trabajos apostólicos, colocando siempre á los lados del Santo Patriarca San Ignacio, el día de su fiesta, á sus esclarecidos fundadores, Santo Domingo y San Francisco.

Concluyamos este asunto con el siguiente trozo del anglicano D. David Barry, que así se expresa hablando de los Jesuitas de las Américas.

“La influencia que los Jesuitas tenían en aquellos países, se puede considerar en tres relaciones. 1.^a En las Capitales y pueblos grandes. 2.^a En las Ciudades y Villas del interior. 3.^a En los pueblos de los indios.—En los pueblos grandes, los Jesuitas eran los maestros y los directores de las familias ricas y distinguidas; los pobres y criados iban á otros conventos. Los jóvenes instruidos por los Jesuitas quedaban inclinados á ellos de un modo mágico. La dignidad de los modales, la conformidad á las máximas que inculcaban, el conocimiento del mundo, la superior información de estos religiosos, todo contribuía á hacerlos árbitros de los pueblos donde tenían establecimientos. . . .—En las ciudades del interior era mayor este influjo. No solo la familia, sino todo el pueblo que contaba uno de sus individuos en la Orden de Loyola, se creía lleno de honra. La frecuencia á Iglesia de los Jesuitas, aun á la Capilla de una hacienda de la Compañía, era una circunstancia principal de las personas decentes; hasta los criados de las estancias de estos religiosos, se creían y eran en efecto, superiores á todos los demás criados de aquel partido. . . .—Sobre el espíritu y conducta de los pueblos de misiones y meramente de indios, casi es inútil comentar. Estos eran criaturas de los Jesuitas, los escuchaban, obedecían y respetaban como á una